

aun de lo sensualmente perceptible de las cosas se le traspapela el color, el olor, el sonido".

¿Acaso — replicamos — la fotografía de un gesto, de una mirada, expresa tan sólo algo aparente y superficial, o revela, más bien, lo íntimo, lo escondido, el estilo, en fin, de la persona que desarrolla el gesto o realiza la mirada? Y una de las mayores posibilidades del cine — realidad ya — es esa de acercar al espectador la expresión minuciosa de un estado de ánimo, no a través de la palabra que, en verdad, contrariamente a lo que Doll opina, reduce la expresividad del gesto, sino precisamente a través del gesto, de la mirada, del ademán.

Y en cuanto a la segunda objeción, la creemos pueril, porque el dibujo carece de color, y la pintura, por su parte, no capta sensaciones auditivas ni olfativas, y a nadie se le ocurre, por eso, negar al dibujo o a la pintura sus virtualidades artísticas. Por otra parte, las sensaciones olfativas carecen de categoría estética: un olor puede ser agradable o desagradable, pero no hermoso o feo.

La razón de existencia de un arte estriba en su especificidad, en su capacidad para expresar aspectos que solamente él y no otro puede expresar, y el cine, que cada vez es más cine y que por tanto tiende — debe tender — a ser menos teatro y literatura, nos ha enseñado, fundamentalmente, a "ver", a apreciar la importancia de los detalles, de los hechos nimios, de los hechos sin importancia aparente. No hay que olvidar que los albores del cine datan de treinta años apenas y que es reciente su decisión de cumplir con su destino cinematográfico. Sin duda, tiene razón Fernando Vela al pensar en la dificultad que ha de constituir para el estético — sin embargo, "dispuesto siempre a concentrar el rudimento originario de las artes en un pirograbado polinesio" — el llegar a admitir que "un nuevo arte germina allí donde su mujer y sus hijas van jueves y domingos entre la merienda y la cena".

En *Inteligencia y política*, Doll caracteriza certeramente, concisamente, nuestros lamentables hábitos políticos, señala el distanciamiento que existe entre el hombre dedicado a esas actividades y el "inventor, escritor o artista". El análisis de estos temas políticosociales se aviene más, creemos, con la modalidad de Doll que el de los puramente estéticos.

LEÓN OSTROV

—HIRUNDO (*)

Apenas puede decirse si conocemos literariamente a nuestros vecinos del otro lado de la Cordillera. Conocemos mal, en efecto, las letras chilenas contemporáneas, que no se limitan, ni siquiera en lo que a la novela se refiere, a las obras — recién sospechadas entre nosotros — de Eduardo Barrios, Luis Orrego Luco y Federico Gana.

De que esto es exacto y, sobre exacto, injusto, lo prueba, con aquella circunstancia, las escasas noticias de que disponemos ahora acerca de los

(*) Alberto Ried, *Hirundo*, Editorial Céndor, Santiago de Chile.

merecimientos de un escritor como Alberto Ried. Sin embargo, Alberto Ried es ya justamente estimado en su patria y fuera de ella. E. Ortega y Gasset prologa la edición europea de sus *Poemas*; Adolphe de Falgairrolle los traduce al francés; el *Mercur de France* comenta sus relatos en prosa. Pero Alberto Ried es algo más que un escritor: es un hombre múltiple, un artista entusiasta, un observador certero. No posee únicamente el talento de componer un libro; también sabe ilustrarlo. Y no es sólo escritor y pintor y dibujante; es también arquitecto, modelista y escultor. A tan diversas actividades aún agrega otra: la de viajero.

Asentados sobre un inmenso malecón, entre los Andes y el más vasto de los océanos, los chilenos están siempre a punto de partir. Esta observación del crítico del *Mercur* es particularmente valedera para Alberto Ried, de ascendencia anglosajona y, en consecuencia, marina.

Todo verdadero artista, así sea el más sedentario y retraído, alienta, por otra parte, en su deseo de quebrantar las limitaciones diarias, aficiones viajeras. El mismo trabajo literario — sea dicho sin la obligada alusión romántica — ¿qué es sino un ademán de partida hacia un mundo posiblemente imaginado o imaginario, pero mucho más rico, en oposición a este otro tan inmediato y vacío de misterio, en visiones supremas y significaciones esenciales? Verdad es que lo primordial no estriba aquí en la pura mudanza geográfica, que radica, y substancialmente, en la posibilidad de vivir el propio sueño — la propia realidad — frente al horizonte cambiante. Hay personas — simples turistas, trotamundos — que aún en la vuelta al globo no logran más que trasladarse, rodar leguas. Otras hay, por lo contrario — poetas, soñadores y místicos —, que aciertan a viajar a zafarse del contorno doméstico y de la personalidad cotidiana, sin traspasar por ello la intimidad de su cuarto:

Mon immobile rêve a l'ampleur d'un voyage.

Alberto Ried, que también en esto aúna actividades diversas pero coincidentes, conoce desde hace años, y desde años frecuente, es doble itinerario: lírico extralimitarse, cordial exorbitancia; saber viajar según la realidad, saber partir según la fantasía.

Hirundo — golondrina —, pájaro migratorio sobre perspectivas de cosas y de almas, es por eso, por su asunto y por su forma, un libro de viajes. Horas a bordo, en "la mala casa de los hombres solos", sobre las aguas del Pacífico; amores en Jamaica, idilios aún hoy frescamente salvajes como en los tiempos en que el mundo amanecía; siluetas amables que los caminos de la tierra, alevosos, terminan por escamotearnos. Y también horas de bohemia, de santa y lamentable bohemia. Ecos de Montparnasse, Charlas de "La Rotonde"; conversaciones del París cosmopolita, por el que discurren, entre alusiones y recuerdos, todas las grandezas y todas las servidumbres del espíritu.

"Fué en Nueva York, en 1917 — cuenta el veraz protagonista de uno de esos relatos parisienses —, cuando poco antes de su muerte vi a Rubén Darío por primera y última vez.

"Su pobreza era extrema. Un costarricense se había constituido en su canallesco empresario teatral.

"Se le anunciaba en términos superlativos en los carteles de un teatrillo infame, como al poeta monstruo de América, que recitaría sus producciones. Y lo sacaban a la escena como a un elefante amaestrado.

"Recitó *La Marcha Triunfal* ante aquel público anodino, de circo, que aplaudía sin comprender una sola palabra.

"Fui después a saludarlo. Abrazaba a un compatriota suyo. Sollozando como un niño entre las bambalinas, decía: ¡Qué triste es todo esto... qué triste! Ya me han pagado los diez dólares. Vámonos".

Album de horizontes remotos y de perfiles muertos. *Hirundo* es así, como todos los álbumes — como los de familia y como los de paisajes — un libro que muestra y un libro que sugiere: panorama y nostalgia.

A. J. B.

*

EN EL PRÓXIMO NÚMERO

DE

VERBUM

HOMENAJE A GOETHE

(1832-1932)

*

*